

La luz, el calor y la fuerza

Meditación, 24 de mayo de 1970

Pentecostés

Al atardecer de ese mismo día, el primero de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por temor a los judíos, llegó Jesús y poniéndose en medio de ellos, les dijo: “¡La paz esté con ustedes!”. Mientras decía esto, les mostró sus manos y su costado. Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor. Jesús les dijo de nuevo: “¡La paz esté con ustedes!

Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes”.

Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: “Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan”¹.

En Pentecostés, en los apóstoles se produce un vuelco definitivo hacia el propio interior. En ese momento representan a todos los hombres que, desde entonces, se van a injertar en Jesucristo y van a adquirir el derecho de reencontrar al Señor en su interioridad de cristianos.

Ese vuelco hacia adentro se produce cuando llega el Espíritu Santo y se posa, en forma de lenguas de fuego, sobre la Virgen y cada uno de los discípulos que estaban en el Cenáculo. Con la irrupción de la luz, el calor y la

¹ Jn 20,19-23

fuerza en el interior de cada uno, al descubrirlo a Jesucristo en su alma, los apóstoles aprenden a rezar.

En Pentecostés comienza, con toda certeza, la oración propia de la Iglesia.

Ciertamente que si la oración es conversación con Dios, los apóstoles, durante todo el tiempo de la vida visible de Jesucristo —desde el comienzo de la vida pública hasta la Ascensión—, habían conversado muchas veces con Él. Al principio no tienen del todo claro que Jesucristo es Dios. Después creen más y más; y con cada nuevo milagro de Jesucristo aumentan su convencimiento. Pero, si hubiera sido una convicción plena no se hubieran escapado todos cuando lo apresaron para llevarlo hasta la cruz.

Tampoco desde un principio, ni siquiera desde el momento en el cual se convencieron que el Señor era Dios, alcanzaron a descubrir todo lo que Jesucristo —Dios y Hombre— significaba para ellos: qué sentido, qué fin tenía y cómo debían perfeccionar su relación con Él.

Antes de que ocurriera, no tenían constancia de que ese mismo Jesús con quien estaban y conversaban todos los días, iba a morir por ellos. Todavía no tenían seguridad de que las enseñanzas del Maestro se iban a convertir en la luz de su inteligencia; a cada rato le oían decir cosas que no entendían, y los Evangelios nos narran que después de la Resurrección los discípulos recordaron y entendieron, por ejemplo, lo que les había querido decir cuando, respecto del Templo anunció: *Destruid este Templo*

*y lo voy a reedificar en tres días*². Sólo después comprendieron que se refería al templo de su cuerpo.

Tantas veces no prestan atención a lo que Jesús les dece o no entienden qué significan sus palabras. Sobre todo no vislumbran la trascendencia, ni las consecuencias prácticas de su enseñanza.

Lo siguen a Jesucristo, van con Él, pero no atan cabos. No saben con claridad adónde los lleva ese seguimiento y qué implica para la propia vida, para el tiempo y para la eternidad.

Ven al Señor poderoso, capaz de hacer milagros, pero no saben hasta qué punto su poder, llegado el momento, los va a sostener a cada uno en la propia conducta, y en la predicación que con el tiempo van a realizar y cuyo objeto es Jesucristo mismo.

Por lo tanto, el trato que tienen con Jesús antes de la cruz no es, ni suficientemente convencido acerca de su divinidad, ni menos, lúcido y vital respecto de lo que les da e implica esa relación con Él.

Cuando el Señor resucita y empiezan a ver mucho más claro, sin embargo no progresan del todo en otros aspectos como la intimidad, el trato que Jesús quiere con ellos, o la importancia de su papel de Maestro.

Recién el día de Pentecostés Jesucristo se les revela con total claridad. Por una parte, en todo lo que Él es como Dios y Hombre: Maestro, Sacerdote y Rey, camino, luz y

² cfr Jn 2, 19

vida. Y por otra, en lo que es y quiere ser para ellos, en la relación que les ofrece concretamente a cada uno y a cada bautizado en el futuro.

Así nace, en los apóstoles y para la Iglesia, el primer requisito de la verdadera oración cristiana.

No puedo conversar con una persona a fondo y fructuosamente, y menos con intimidad, si no sé suficientemente quién es y no sé su relación conmigo: si es más distante o más próxima, hasta qué punto quiere ayudarme o no, cuánto puedo contar con ella, si realmente esa persona quiere ser mi amiga hasta las últimas consecuencias.

Pero además nace en Pentecostés la oración cristiana, porque se empieza a verificar otra condición muy importante para que el contacto con Dios sea verdadero, profundo y eficaz.

El día de Pentecostés, los apóstoles, al entrar Jesucristo dentro de ellos y al descubrir su presencia en la luminosidad maravillosa del fuego del Espíritu Santo, o sea del fuego de Dios, en ese momento la luz del Espíritu no sólo les muestra la presencia de Jesús sino que, además, les ilumina el interior y los hace lúcidos para sí mismos, translúcidos, transparentes.

Se ven como son. Se conocen como son. Saben que así los ve Dios, los ve Jesucristo que está en ellos empuñando esa antorcha que les permite autoconocerse.

Nace el verdadero estado de examen de conciencia, pero no en el sentido de una mera investigación sino como auto conciencia psicoética.

Saben qué les pasa adentro y cuál es el calificativo que ese estado merece desde el punto de vista moral, más aún, desde el punto de vista preciso de la relación de cada uno con Jesucristo.

Para poder conversar con Jesús, Dios y Hombre, amigo que da su vida por nosotros, maestro, consejero, apoyo, dador de gracia, no sólo basta que yo sepa quién es Él y qué es lo que quiere proponerme cuando me ofrece su amistad; también es necesario que le corresponda con reciprocidad y sepa qué le ofrezco cuando le presento mi propia amistad. Que sepa quién soy y no me engañe ni quiera engañarme.

A principios del siglo XIX, José de Maistre, autor de *Las veladas de San Petersburgo*, decía: Yo no sé lo que es la conciencia de un malvado. Sólo conozco la de un hombre honrado y les aseguro que es horrible. Había aprendido a conocerse, no se autoengañaba.

El día de Pentecostés, los apóstoles, con la luz del Espíritu Santo, al mirar adentro y encontrarlo a Jesucristo, ven hasta el último rincón de sí mismos.

¿Qué pasa cuando alguien ve las cosas como son y además acepta verlas así y no quiere taparlas? Esa persona se hace sincera consigo misma y con Dios.

Ahora, los apóstoles saben qué le ofrecen a Dios en amistad. Se dan cuenta –y nosotros con ellos– que son pordioseros, que están llenos de andrajos, de suciedad, de falencias, y no tratan de disimularlo sino, al contrario, lo reconocen ante Jesucristo con toda verdad.

Mira, Señor, cómo soy. Quita y pon lo que quieras quitar o poner. En todo caso, no quiero ocultar nada. Si diriges la mirada a un sector de mi persona, no voy a mirar para otro lado. Voy a mirar lo que quieras que mire. Voy a tratar el tema que quieras. No quiero hacer aquello de dos personas que se encuentran y que cada una sabe qué está pensando la otra pero no tocan el tema, hablan de algo distinto. No.

La sinceridad es fundamental para conversar con Dios. El fariseo de la parábola no puede hablar rectamente con el Señor, porque quiere engañarlo respecto de su pseudo perfección: te agradezco que no soy como éstos. . . ¿Cómo quiere que Dios le conteste, cómo quiere llegar a un diálogo con Él?

En Pentecostés, con esa luz, los apóstoles están en condiciones de ser sinceros con Dios y dan un paso fundamental para poder dialogar fructuosamente con Jesucristo.

Finalmente, en Pentecostés, ocurre que ese fuego no sólo es luminoso y los alumbraba por dentro, permitiéndoles ver todo y con tanta fuerza como cuando una luz encandila y no deja mirar para otro lado. Además, ese fuego es purificador –como ocurre en el crisol, cuando quita las impurezas al hierro y se usa para matar microbios o para esterilizar una aguja– ese fuego purifica el interior de los apóstoles y como es energético les da fuerzas para que no sólo sean sinceros sino también rectos; es decir, que no tengan miedo de mirar todo, precisamente

porque temen que Dios les pida alguna cosa: sacar algo que sobra, poner algo que falte, cortar cualquier apéndice, agregar. . . Están dispuestos a que Dios haga con ellos y en ellos lo que quiera, como quiera, cuanto quiera.

Entonces sí, están en perfectas condiciones para hablar con Dios.

Saben que Jesucristo es Dios. Saben qué intenciones tiene respecto de ellos. Tienen plena fe en Él y en sus indicaciones. Y saben quiénes son ellos: se conocen y se presentan sinceramente con conciencia de lo que quieren. Quieren lo que Dios quiera y por eso están frente a Jesucristo con total disponibilidad.

Le dicen aquellas palabras del profeta Samuel cuando comienza a recibir las revelaciones de Dios para transmitir las al pueblo: *Habla, porque tu servidor escucha*³. No oír por oír, sino dócilmente para ejecutar.

O le dicen como San Pablo a Jesucristo: ¿Qué quieres, Señor, que haga?⁴

O como la Virgen misma, el día maravilloso de la Anunciación y de la Encarnación: *Que se cumpla en mí lo que has dicho*⁵.

Cuando nos ponemos así frente a Dios: sinceramente y con disponibilidad, sabiendo quién es y contando con su infinita sabiduría, su infinito amor y el infinito poder

3 1 *Sam* 3, 10

4 cfr *Hech* 9, 3-6

5 *Lc* 1, 38

que me ofrece, entonces la conversación con Dios se da de un modo profundo y sereno.

Así comenzó la oración cristiana en el mundo.

Fue tan intensa y continua esa oración de los apóstoles que los sostuvo y los empujó permanentemente a anunciar a Jesucristo, al Señor que tenían dentro y con quien hablaban a cada rato y a quien conocían siempre más, a quien amaban cada vez más, y del cual no podían dejar de hablar, y a quien no podían dejar de seguir y acercar discípulos adoradores. Esa oración los sostiene y los empuja hasta la manifestación mayor del amor que es la entrega de la vida en el martirio.

Jesucristo quiere hablarnos desde nuestro interior. Todo depende de nuestra cooperación para que se produzcan esas condiciones que se empezaron a dar en los discípulos a partir de Pentecostés.

Para ello, es necesario que hagamos como hicieron los discípulos.

Contemos mucho con la Virgen y pidámosle en estos días a Ella que nos ayude a disponernos bien y siempre mejor, para hablar con Jesucristo y sobre todo para oírlo en nuestro interior.

Si pedimos sinceridad y limpieza en los ojos del espíritu para ver lo que el Señor quiera mostrarnos, en nosotros y fuera de nosotros, el fuego de Pentecostés no sólo será una linterna interior sino además un proyector, un faro que nos hará ver las cosas de modo muy distin-

to, a la luz de Dios. Seremos sinceros para ver todo lo que Dios quiera mostrarnos.

Y si pedimos, finalmente, rectitud, disponibilidad, para que confiados en lo que Dios nos dé y seguros de que si nos pide algo nos va a dar todo lo necesario para llevarlo a cabo, iremos adelante, como los apóstoles, que en Pentecostés recibieron la fuerza de cumplir con el mandato de Jesucristo, de llevar su Nombre a todo el mundo.